

Primer Domingo de Cuaresma - Ciclo A

San Juan Crisóstomo

HOMILIA XII

Entonces fue llevado Jesús al desierto por el Espíritu para ser tentado por el diablo (Mat. IV, 1).

ENTONCES. ¿Cuándo? Después de haber descendido el Espíritu Santo; después de aquella voz venida de las alturas, que decía: *Este es mi Hijo muy amado en quien tengo mis complacencias*. Y lo que es más estupendo: fue llevado por el Espíritu Santo, porque fue el Espíritu mismo quien lo llevó al desierto. Venía Cristo a enseñarnos y para esto hacía y padecía todo. Por esto quiso ser llevado allá y entrar en esta batalla con el demonio, para que cada uno de los bautizados, si tras del bautismo padece mayores tentaciones, no se perturbe, como si experimentara lo inesperado; sino que permanezca firme en padecer, pues todo le sucede conforme al recto orden de las cosas. Para esto tomaste las armas; no para estarte ocioso, sino para combatir.

Dios no impide las tentaciones que se nos echan encima, en primer lugar para que veas que te has hecho mucho más fuerte. Además, para que no te estimes en exceso y no te ensoberbezcas por la grandeza del don que se te ha conferido, puesto que las tentaciones te mantienen en humildad. Añádese para que el demonio maligno que duda si es verdad que has renunciado a él, por la experiencia de las tentaciones se confirme en que del todo te le has apartado. En cuarto lugar, para que así te forjes más duro que el hierro y más fuerte. En quinto lugar, para que tengas con esto la demostración del gran tesoro que te ha sido confiado. No te acometería el demonio si no te viera colocado en los más altos honores. Tal fue el motivo por el que allá a los principios se levantó contra Adán, pues lo veía disfrutando de suma dignidad. Por igual razón se levantó contra Job, al verlo premiado y alabado por el Dios de todos. ¿Por qué dice: *Orad para que no caigáis en la tentación*? Por eso no nos presenta a Jesús yendo espontáneamente a la tentación, sino llevado según una razonable providencia, dándonos a entender que no debemos exponernos, pero que si somos llevados a la tentación, la resistamos con fortaleza.

Considera a dónde lo llevó el Espíritu Santo: no a la ciudad, ni a la plaza, sino al desierto. Como el demonio quería halagarlo y

atraerlo, el Espíritu Santo le presenta la ocasión, no única mente por el lado del hambre sino también por el sitio mismo. El demonio especialmente nos acomete cuando nos ve solos y que andamos aparte de los demás. Así acometió a la mujer allá a los principios, llegándose a ella cuando estaba sola, sin su marido. Cuando ve a varios reunidos, no se atreve a acometer. Por esto conviene que con frecuencia nos congreguemos, para que no seamos presa fácil del diablo.

(...)

Y habiéndolo llevado a un monte muy alto y habiéndole mostrado todos los reinos del mundo, le dijo: Todo esto te lo daré si de hinojos me adoras. Entonces le dijo Jesús: Apártate, Satanás, porque escrito está: Al Señor tu Dios adorarás y a él solo darás culto. Como el diablo pecaba ya contra el Padre, al decir que todas las cosas le pertenecían, como si fuera el Creador del universo, finalmente Jesús lo rechaza, y no con airadas expresiones, sino sencillamente ordenándole: *Apártate, Satanás.* Era esto más una orden que no una repreensión.

Preguntarás: *¿Cómo es que Lucas dice: acabado todo género de tentaciones?* Yo pienso que fue para abarcar en resumen, por lo que dijo: *todo género.* Es decir, como abarcando en esto todas las demás. Puesto que las dichas abarcan otras innumerables: es decir, el estar sujeto a la gula, el obrar por vanagloria y el estar atado por el loco amor al dinero. Como ese malvado sabía muy bien esto, puso al fin la más poderosa de las tentaciones, que es la codicia insaciable de riquezas. Ya desde el principio andaba tras de ésta, pero vino a sacarla a luz hasta el fin y para entonces la guardó, como la más fuerte que las otras. Porque es ley de esta clase de certámenes: que los medios que se consideran mejores para vencer se reservan para el fin. Así procedió el demonio en el caso de Job; y lo mismo hizo aquí. Habiendo comenzado por lo que le parecía más débil, avanzó luego a lo más poderoso.

Pero *¿cómo se podrá vencer esta pasión y mal?* Como nos enseñó Cristo: recurriendo a Dios. De manera que ni por el hambre desfallezcamos, confiados en Aquel que con sola una palabra nos puede apacentar; ni con los bienes que hemos recibido tentemos al dador; sino que contentos con la gloria de allá arriba, despreciemos la humana y en todo rechazemos lo superfluo. Nada hay que mejor nos sujete al demonio como la avaricia y la insaciable codicia de poseer. Y podemos verlo por lo que actualmente sucede. Hay quienes nos

digán: todo esto te lo daré si postrándote me adoras. Hombres son los que lo dicen según su naturaleza, pero se han convertido en instrumentos del diablo.

Porque en aquel tiempo el demonio no acometió a Cristo únicamente por sí mismo, sino también por medio de otros instrumentos, como lo indicó Lucas al decir: *Se apartó de él hasta el tiempo determinado*. Da a entender de este modo que más tarde acometió de nuevo mediante sus propios instrumentos. Y *llegaron los ángeles y le servían*. Mientras duraba el combate, no permitió que ellos se presentaran, para que no aterrorizaran al que él iba luego a vencer; pero una vez que en todo y por todo lo hubo derrotado y puesto en fuga, entonces se presentan los ángeles. Esto fue para que conozcas que también a ti, una vez que a ejemplo de Cristo hayas vencido, te recibirán con aplausos los ángeles y te rodearán por todas partes. Así a Lázaro, después del horno de la pobreza, el hambre y las aflicciones, los ángeles lo tomaron y lo llevaron consigo. Pues como ya lo tengo dicho, Cristo ahora va declarando muchos de los bienes de que luego disfrutaremos.

Y, puesto que todo se hizo por tu bien, imita, emula semejante victoria. Si se te acerca alguno de esos ministros del demonio con siniestras intenciones, y se burla de ti, y te dice: Tú eres grande, tú eres admirable, haz que este monte pase a otro lugar, no te turbes, no te impresiones, sino que con toda calma respóndele como has oído que le respondió Cristo: *No tentarás al Señor tu Dios*. Y si te ordena que lo adores y te ofrece gloria, poder, riquezas inmensas, permanece firme. Porque el demonio ha procedido así no únicamente con el común Señor de todos nosotros, sino que cada día mueve contra cada uno de los siervos de Cristo esta clase de armas; y esto no sólo en los montes y en los desiertos, sino también en las ciudades, en las plazas, en los tribunales; y no lo hace únicamente por sí solo, sino además por medio de hombres que son nuestros parientes.

¿Qué es, pues, lo que debemos hacer? No creerle, no prestarle oídos, aborrecerlo como adulator que es; y cuantas mayores cosas promete, tanto más conviene que nos le opongamos. A Eva precisamente cuando mayor promesa le hacía, fue cuando la derribó y le causó el daño más terrible. Es en realidad un enemigo inexorable y ha emprendido contra nosotros una guerra implacable. No nos empeñamos nosotros tanto en nuestra salvación, como él en nuestra perdición. Apartémoslo, pues, y aborrezcámoslo, no sólo con las palabras, sino con las obras; no con sólo el pensamiento, sino con los

hechos. Nada hagamos de cuanto a él le da gusto; y así en cambio haremos todo lo que a Dios agrada. Muchas cosas promete el demonio, pero no es, para dárnoslas, sino para sacar su ganancia.

El demonio promete dar de lo que no es suyo, para arrebatarnos el reino y la virtud. Promete en la tierra tesoros, o por mejor decir lazos y redes, para privarnos de los tesoros tanto de acá como de los celestiales: quiere que acá seamos ricos para que en la vida futura no lo seamos. Y si no puede despojarnos de la herencia del cielo mediante las riquezas, lo intenta mediante la pobreza, esperando lograr por este otro camino la victoria. Pero ¿qué podrá haber más necio? Pues quien es capaz de llevar las riquezas sin caer en intemperancia, también sabrá llevar la pobreza con ánimo firme. Quien no anhela las riquezas presentes sin duda que no buscará las ausentes, como lo hizo el bienaventurado Job, quien por la pobreza resultó más esclarecido.

Pudo el Maligno despojarlo de sus riquezas, pero en cambio respecto de la caridad con Dios, no sólo no pudo arrancársela, sino que se la devolvió más ardiente; y sólo logró que aquel varón, despojado de todo, brillara con bienes de todo género. Ante semejante resultado, no sabía ya el demonio qué camino tomar. Pues cuanto más graves heridas le causaba, tanto más valeroso lo encontraba. Y como tras de intentarlo todo en nada aprovecha, recurrió a su arma antigua, es decir a la mujer de Job. Esta, ocultando bajo la apariencia de providencia de Dios el ataque, describe en forma dolorosa y trágica sus desgracias y finge un consejo dañino con el que, según ella, se libraría Job de todos sus males. Pero ni aun así venció el demonio. Porque aquel varón admirable cayó en la cuenta del cebo que le tendía y con gran prudencia cerró la boca de su mujer, que hablaba movida por el demonio.

Es lo que conviene que hagamos nosotros. Aunque nos hable y diga lo que no nos conviene disfrazado de hermano, o amigo o esposa, es necesario que lo rechacemos, no por razón de la persona que nos habla, sino por razón del mal consejo que nos da. Porque actualmente en muchas cosas procede así: se disfraza bajo el título de conmiseración; y apareciendo como benévolo deja caer palabras peores que cualquier veneno. Es propio del demonio adular y engañar y dañar; y es propio de Dios corregir para mejorar. No nos dejemos engañar y no busquemos a cualquier precio una vida de comodidades; pues dice la Escritura: *Al que Dios ama, lo corrige.*

Debemos dolernos sobre todo cuando vivimos permanentemente

y disfrutamos en todo de prosperidad; pues quien vive en pecado ha de estar en constante temor; pero de modo especial cuando no sufre ningún pesar. Cuando Dios va imponiendo la pena, por partes, es señal de que quiere aminorar el castigo. Pero cuando aguanta con paciencia cada pecado, nos reserva, si en pecar perseveramos, grandes castigos. Si los pesares son necesarios para los buenos, lo son mucho más para los pecadores.

(...) hay algunos tan necios y frívolos, que siempre andan buscando las cosas presentes únicamente; y aun profieren expresiones tan ridículas como éstas: Por ahora gozamos de todo lo presente y ya después veremos acerca de esos futuros inciertos; por ahora me daré a la gula, a los deleites y agotaré los placeres de esta vida. Deja en mi mano el día presente, que ese otro futuro yo te lo regalo. ¡Oh necesidad sin término!(...)

El que te honró con un don excelentísimo como es la religión y la piedad y con ello te igualó a los ángeles ¿te abandonará tras de haber tú sufrido infinitos trabajos y sudores? ¿Hay algo más ilógico? Si nosotros lo calláramos, las piedras lo gritarían: ¡tan claro, tan manifiesto es, mucho más que los rayos del sol! Pensando estas cosas y estando firmísimos en nuestro ánimo acerca de que tras del término de la vida tendremos que presentarnos delante del terrible tribunal para dar cuenta de todo lo nuestro y recibir el castigo y experimentar la divina venganza si permanecemos en nuestros pecados, o por el contrario, recibir el premio de las coronas y bienes inefables, con tal de que durante este breve tiempo tengamos temperancia, cerremos la boca de quienes se atreven a asegurar lo contrario. Tomemos el camino de la verdad para que con la conveniente confianza nos acerquemos al dicho tribunal y consigamos los bienes prometidos, por gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo, a quien sea la gloria y el poder, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

(San Juan Crisóstomo, Homilías Comentario al Evangelio de San Mateo Tomo II, Ed. Tradición, 1978, Págs. 155-179)